

Retrato de Emily Dickinson alrededor de 1850.  
(Imagen: Hulton Archive / Getty Images)

# A puerta cerrada

Brenda Ríos

*Dice el Extranjero en las arenas, “¡toda cosa en el mundo me es nueva!”...  
Y el nacimiento de su canto no le es menos ajeno.*  
SAINT-JOHN PERSE

UNO DE LOS PINTORES QUE LOGRÓ CAPTURAR LA LUZ y la oscuridad del mundo interior de tal manera que fueran comprensibles para todo aquel que comienza a vivir: a darse cuenta de qué es frágil y cierto y dudoso en los acontecimientos pasajeros del día, fue sin duda Emily Dickinson. A puerta cerrada, en su habitación, dio respuesta a diversas inquietudes que a muchos hizo salir de casa y emprender largos viajes, comenzar peligrosas aventuras. Pocos, como ella, han hablado de la naturaleza y del amor a la vida “comprendida como el reverso de la muerte aun si ésta es mucho más fascinante”. Si bien apenas salía de casa, fue al final de su vida que apenas salía de su recámara. Esa reclusión, ya como enfermedad o padecimiento, una excentricidad por decir lo menos, la centró como mariposa en un muestrario, y a ella en el centro con un alfiler. Desde ahí nada estaría fuera de su vista. Su recámara el centro, ella el otro centro, y el universo daría las vueltas que hicieran falta.

Para escribir, se dice de manera reiterada, hay que salir; comparar, enfrentar al otro y demás lugares comunes: viajar, padecer, procurar la experiencia, tocar el fondo reservado para cada uno en una playa, aeropuerto, cantina, amor pasajero; habría que conocer el infierno, el purgatorio o el cielo aun si breve, habría que enfrentar el miedo y la muerte. Salir del lugar de origen por necesidad, inquisición, o por la fuerza grave del exilio. Para escribir hay que conocer la voluntad que hay dentro de uno. Esa fuerza, si es legítima, nos dará el motivo para hacerlo. A un joven que ponía en duda su vocación mediante la pregunta ¿debo yo escribir?, Rilke respondió en una carta que en la oscuridad de su cuarto le llegaría la respuesta.

Formada en el puritanismo norteamericano —el mismo que pintaría Hopper años después— la poesía de Dickinson contrae un

espíritu bastante peculiar. No se ciñe al romanticismo anterior pero encuentra en él un punto de arranque. Su voz es algo más, viva aún, sin lamentarse, sin el regodeo de la pena. *The soul that hath a guest / Doth seldom go abroad* (el alma que tiene un huésped / rara vez sale de sí), esa podría ser la premisa de su vida. El encierro no es martirio, castigo, imposición de nadie. Su libertad era de otro tipo, una libertad del interior, de la mente, y de la imaginación. Antes de morir estuvo en coma dos días, y su casa, la mente, ya no tuvo huéspedes nunca más. Habría de morir en la casa donde nació. Como un largo poema oculto, su vida le pertenecía como una propiedad celosa y de rara belleza. Si ella vivía para sí, sus poemas harían otra cosa, salir de ahí para revelar qué países, qué bosques, qué mares, estaban dentro. La tímida mujer, la virginal mujer, la que se aparta del mundo como en un retiro espiritual, hacia el recogimiento religioso, haría una obra salida del horno como el pastel más cuidado, el bordado más laborioso. La búsqueda poética se da de otra manera, no es el rechazo a los placeres terrenales, a los viajes, a la sociedad, al deseo, a la maternidad, a la familia. Es una decisión sobre la libertad. La libertad de estar dentro, no afuera. El mundo completo, lo que se sabía de él, lo que se sospechaba, siempre estuvo ahí. Aunque este poema fue escrito con interés amoroso bien podría hablar de ese mundo, eso que estaba fuera del centro:

Él era débil y yo era fuerte,  
después él dejó que yo le hiciera pasar  
y entonces yo era débil y él era fuerte,  
y dejé que él me guiara a casa.  
No era lejos, la puerta estaba cerca,  
tampoco estaba oscuro, él avanzaba a mi lado,  
no había ruido, él no dijo nada,  
y eso era lo que yo más deseaba saber.  
El día irrumpió, tuvimos que separarnos,  
ahora ninguno de los dos era más fuerte,  
él luchó, yo también luché,  
¡pero no lo hicimos a pesar de todo!

La historia de “Los dos que soñaron”, de las *Mil y una noches*, que Jorge Luis Borges retomaría en *Siete Noches*, habla de un hombre en El Cairo que soñó con un tesoro enterrado en un patio lejano. Se lanzó a buscar el tesoro y encontró a un juez que se rio de él y le dijo que él también soñó algo así pero ese sueño no lo hizo salir de viaje. Y

en su sueño le describe la higuera donde estaba el tesoro. El hombre comprende que se refiere a su mismo patio. Cuando regresa a casa el tesoro está ahí, donde el otro hombre lo soñó. A Dickinson le debió haber pasado algo similar, o soñó el tesoro fuera y no quiso salir o siempre supo dónde estaba y vivió sobre él, en la riqueza misma de un reconocimiento particular.

Su poesía es un atlas del mundo interior, llena de reflexiones hondas y de una brevedad rica en conceptos; no hay poemas de geografías inciertas, hay un cuadro enorme, hecho a base de pequeñas piezas. Si uno se aleja puede ver la posibilidad del tamaño. Pero si se toma uno a uno cada poema hallará la pieza de lego que dice “esto es aquí y forma parte de todo lo que es aquí”. No es una poesía pretenciosa, eso es lo extraño, lo femenino. Ella nombra, no ostenta el descubrimiento del nombre. Ella dice, no acota las referencias cultas o históricas de ese decir. Por eso mismo su poesía logra a su vez lo que Whitman logró: un canto sobrehumano para narrar lo humano. La naturaleza viva y la muerte. No se puede estar en el mundo sin la conciencia de que en cualquier momento podríamos no estar. Ella afirma que mantiene las puertas abiertas a la muerte, por si llega, pero si es algo con plumas o cualquier otra cosa hay que estar preparado. “La Muerte es inofensiva como una Abeja, excepto para aquellos que corren”. Luego: “No sabiendo cuando Ella vendrá /abro cada Puerta, /o acaso tenga Plumas, como un Pájaro, /o como una Orilla, Rompientes”.


Estos versos traen a la mente el verso del Cantar de los Cantares: “Yo dormía pero mi corazón estaba despierto”: es un sistema de alerta la vida. No es vivir el presente por si acaso llegara la muerte y la llevara. Habla de una espera pues la muerte es inevitable y conviene saber que vendrá. Es la visita a la que no podemos darle la espalda.

No es que morir nos duela tanto.  
Es vivir lo que más nos duele.  
Pero morir es algo diferente,  
un algo detrás de la puerta.  
La costumbre del pájaro de ir al Sur  
—antes de que los hielos lleguen  
acepta una mejor latitud—.

Nosotros somos los pájaros que se quedan.  
Los temblorosos, rondando la puerta del granjero,  
mendigando su ocasional migaja  
hasta que las compasivas nieves  
convencen a nuestras plumas para ir a casa.<sup>1</sup>

La muerte fue quizá lo más parecido al amor, algo que se teme y se enfrenta. La vida es tomar partido y ella decidió vivir. Vivir fue no amar en las condiciones de su presente. Demasiado consciente del peligro no se acerca a la llama por muy tentadora que ésta sea:

Yo no puedo vivir contigo—  
sería la vida—  
y la vida está ahí—  
detrás de los anaqueles<sup>2</sup>

Los viajes son impresiones generales de asuntos puntuales: el idioma, las celebraciones, los ritos, las diferencias, las molestias, la aventura, la confrontación con lo que uno da por hecho, lo que uno espera. Ella sabía todo eso, porque ella misma fue una isla y sus palabras señales, no necesitaba esperar respuesta. Nada de eso hizo falta. Le bastaba tenerse. Ese fue el conocimiento mayor. Antes de viajar saber que no se busca nada, y justo antes de abordar el barco, quedarse en tierra. Mirar hacia sí misma porque la mismidad es un país abismal, hostil, con éxodos y traiciones y malos gobiernos. En ese mismo país crecen árboles y frutos, la gente es buena y hace pan. Todo eso lo supo y no necesitó de comprobaciones. Leerla es leer su naturaleza, su bestiario, su topografía, su clima, su sentido del bien y del mal, su pereza, su amor incansable por los semejantes, su amor cristiano, su amor más puro en el temor a la muerte. 

<sup>1</sup> Versión de Enrique Goicolea, Emily Dickinson, *El viento comenzó a mover la hierba*, Nórdica Libros, Madrid, 2012.

<sup>2</sup> Versión de Silvina Ocampo, Emily Dickinson, *Poemas*, Tusquets, Barcelona, 1985.